

Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

El Tiempo
Jalisco



• Año IX • Núm. 26 Junio 2014

Índice



Rebeliones indígenas en la Nueva Galicia y en la Nueva España

Editorial 3

Linea del Tiempo 5

La Guerra del Mixtón y la conformación de la Nueva Galicia 6

ARTICULOS PERIFERICOS

El indio Mariano, el de la máscara de oro, relato de una sedición11

Canek, héroe entre los mayas o el títere de un pueblo en agonía12

La Guerra Chichimeca analizada desde la visión de Nietzsche14

La Rebelión del Rey Mesías Jacinto Canek15

Editorial



Mediante la lectura del dossier de la revista el Tiempo Jalisco, podemos robustecer nuestro conocimiento sobre las rebeliones indígenas que acontecieron en la Nueva Galicia. Cuenta la leyenda, que la guerra del Mixtón comenzó durante un mitote o reunión chamánica en la que los indios cazcanes danzaban efusivamente alrededor de un calabazo que, intempestivamente, fue arrastrado por el viento. Este hecho fue interpretado como una señal de los dioses que profetizaba la caída de los españoles y la liberación de la esclavitud a la que estaban sometidos.

El escrito puede ser de utilidad para adentrarnos en los hechos que acontecieron en el Cerro de Mixtón, lugar en donde se desata la reyerta contra los españoles. Al unísono de este orden de ideas, es posible saber de buena tinta y a grosso modo la organización política de la Nueva Galicia; la cual pasó por dificultades desde su creación (obra de Nuño de Guzmán), como la que detonó el indio Tenamaxtli. Este caudillo indígena no abdicó en su propósito de liberar a sus iguales del imperio español. Se dice que más de cien mil indios estuvieron listos para entablar la guerra contra los conquistadores.

En lo que respecta a la organización de la Nueva Galicia, hay que destacar la existencia de la Real Audiencia; la cual era la institución jurídica y política que se encargaba de la impartición de justicia y de un sinnúmero de tareas administrativas y de gobierno. Además de la Audiencia, se requería la creación de un obispado para consolidar la dominación y organización de los pueblos y los territorios conquistados. Por ello, los neogallegos le solicitaron al Rey su anuencia y a la Santa Sede la expedición de las bulas correspondientes en las que asentara su aprobación para dicho proyecto.

El comercio marítimo y la exploración en busca de nuevas rutas comerciales, constituyeron una parte importante de la política española, que de esta forma lograba conservar lo que tenía y a la vez aumentaba sus dominios. Para conocer con mayor exactitud estos temas es menester adentrarnos en la lectura de la narración de estos hechos que acontecieron en la Nueva Galicia. Por eso, los invitamos a leer el dossier de la presente entrega de El Tiempo Jalisco y los demás artículos que lo acompañan en los que se abordan temáticas relacionadas como la guerra chichimeca, la rebelión del indio máscara de oro, entre otras.

Lic. Carmen Guadalupe Lomelí

Directora del Archivo Histórico de Jalisco

Linea del Tiempo



Durante el Domingo de Ramos, miles de indígenas iniciaron la insurrección.

El 10 de abril de 1541



Muere el capitán español Pedro de Alvarado en Atenguillo.

4 de julio de 1541



Atacan los españoles y obligan a los insurrectos a retroceder hasta el cerro del Mixtón.

26 de noviembre 1541



Alvarado y quince mil guerreros, se encontraban en el Peñón de Nochistlán, listos para el combate.

24 de junio de 1541

El indio Tenamaxtli sitia Guadalajara para forzar a sus habitantes a morir de hambre.

28 de septiembre de 1541



Pedro Gómez de Maraver fue nombrado obispo de Guadalajara.

1547



Se establece la Real Audiencia de Guadalajara.

13 de Febrero de 1548



*Rebeliones indígenas en la Nueva
Galicia y en la Nueva España*

La Guerra del Mixtón y la conformación de la Nueva Galicia

Por el Dr. Fabian Acosta Rico

La Guerra del Mixtón y la conformación de la Nueva Galicia



A comienzos de la Colonia, el yugo español trajo a las tierras de la Nueva Galicia esclavitud, pobreza y muerte. Al menos así fue durante las primeras décadas. Pronto, muchos sometidos dieron ese gran paso que separa el sufrir con resignación del luchar con valor.

Refieren las crónicas de la época que se encontraba una multitud de indios en Tlaxicotzin. Algunos bailaban alrededor de un calabazo con religiosa euforia. Sorpresivamente, una ráfaga de viento lo arrebató del suelo. Una hechicera presente interpretó el fenómeno como una señal de que así como el calabazo fue levantado, con igual facilidad arrojarían de sus tierras a los españoles.

Así comenzó, con un toque de leyenda, la Guerra del Mixtón; rebelión indígena que, más allá de los hechos fantásticos, supo capitalizar la vulnerabilidad de la Nueva Galicia. En efecto, su nuevo gobernador, Cristóbal de Oñate, no tenía el arrojo y determinación de Nuño Beltrán de Guzmán; ni los hombres ni recursos.

La rebelión se propagó con la rapidez de la desesperación y con la fuerza del odio que las crueldades e injusticias del conquistador habían sembrado entre las

naciones nativas. De la sierra de Tepec la insurrección se extendió a Tlaltenango, Xochipila, Nochictlán y Teocaltech.

Dos caudillos encabezaron la rebelión. Por los rumbos del occidente, Coaxícarí fue el jefe; por el norte, mandaba Tenamaxtli, cuyo nombre castellano (o de bautizo) era Diego Zacatecas. Dimensionó el gobernador el peligro y tomó medidas. Envió de Guadalajara a Miguel de Ibarra con cuarenta jinetes y otros tantos de a pie, más un gran número de indígenas aliados provenientes de Tlaxomulco y Tonalá. Al llegar a Xochipila encontraron el poblado vacío. Sus moradores estaban atrincherados en el cerro del Mixtón o del Gatito dispuestos a la guerra. El día 9 de abril de 1541, el ejército de Ibarra ocupaba la falda del cerro. Desde sus alturas escucharon los insurrectos las palabras del capitán español que ofrecía el perdón a cambio de la rendición o, de lo contrario, prometía una cruenta batalla. Los guerreros de Tenamaxtli no querían negociar. Los augurios los favorecían. Le contestaron que hablarían con sus caciques y al día siguiente bajarían. Y lo hicieron pero blandiendo sus armas y arrojando flechas y piedras.

A las ocho de la mañana, del 10 de abril, Domingo de Ramos, un eclipse de sol oscureció el cielo; miles de guerreros se arrojaron sobre el ejército de Ibarra. El ataque resultó demoledor. Murieron diez españoles, de los sobrevivientes ninguno huyó ileso; de las tropas auxiliares casi ningún guerrero sobrevivió; el propio cacique de Tlaxomulco terminó tendido en el campo de batalla. Oñate mantuvo la calma. Puso bajo alerta a Guadalajara y mandó a Diego Vázquez Buendía a México a pedir refuerzos



al virrey. Del Océano Pacífico, un inesperado aliado llegó oportunamente. Se trataba de Pedro de Alvarado, Adelantado de Guatemala, capitán de Cortés y artífice de la famosa Matanza del Templo Mayor.

Asociado con Andrés de Urdaneta, el navegante que trazaría la ruta de la Nao de China, Alvarado preparaba una flota repartida en los puertos de Navidad y Manzanillo, que partiría a explorar las islas de las especias. El virrey patrocinaba la empresa.

En el puerto de Navidad, el encomendero, Juan Fernández de Hajar contactó con Alvarado. Le solicitó que fuera en auxilio de Oñate. Accedió de buena gana. Enfiló para Manzanillo donde tenía el resto de sus fuerzas: un total de trescientos hombres. Y con ellos regresó.

Escaso en tropas para socorrer a Oñate, el Virrey le hizo saber al emisario del gobernador, Vázquez Buendía, que ordenaría a Alvarado aplazar la exploración hasta lograr la pacificación de la Nueva Galicia. Esta encomienda esperaba al Adelantado de Guatemala al regresar al puerto de Navidad; de donde partió rumbo a Guadalajara. El 12 de junio llegó a la villa al frente de 100 soldados.

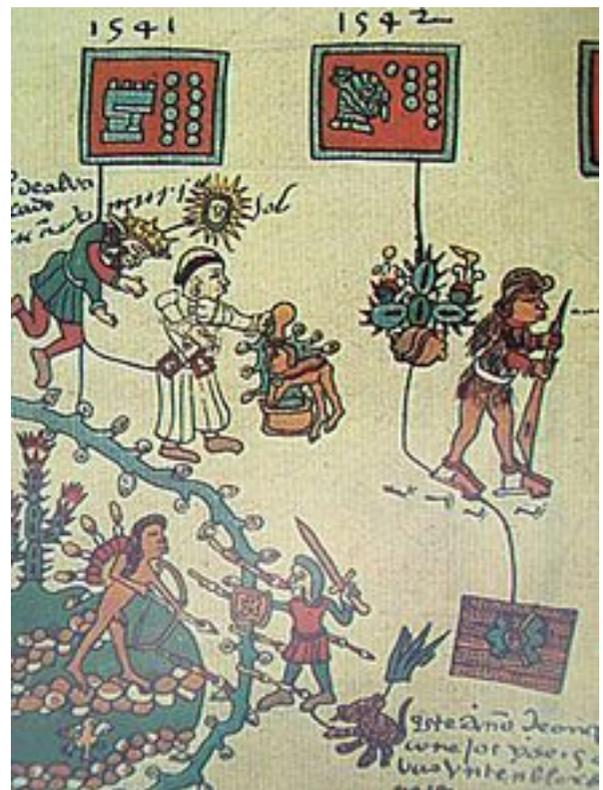
Alvarado estaba ansioso de ir a combatir la insurrección; pero, como al final el Virrey decidió enviar refuerzos; Oñate le aconsejó esperar la llegada de dichas tropas. No tenía fama de prudente Alvarado. Su valor o temeridad le aconsejaron no esperar y para rotular su desplante no quiso sumar a su ejército a los vecinos y soldados de Guadalajara; pues, a su juicio, con sus hombres le bastaba para ir y vencer "a cuatro gatitos encaramados en los riscos de los montes".

No veía Alvarado con claridad la situación; su bravura y arrogancia lo cegaban. En el hecho de subestimar a su enemigo le fue la vida; pues al final ni eran cuatro y más que gatitos, resultaron leones de montaña los guerreros de Tenamaztli.

El 24 de junio, se les presentó en el Peñón de Nochictlán, con sus 100 hombres y cinco auxiliares de Michoacán, Tonalá y Tlaxomulco. Del otro lado, detrás de siete cercas de piedra lo aguardaban más de 15 mil insurrectos.

Bajó de su caballo y con sus manos empezó a quitar las

piedras de la primera cerca para formar un portillo y poder pasar. Le ordenó después al capitán Falcón que avanzara por el otro lado abriéndose paso con el fuego de los arcabuceros. Les repelieron los insurrectos con una lluvia de piedras y flechas tan copiosa que los obligaron a huir en desorden. El capitán Falcón murió junto con muchos indios auxiliares mientras bajaba rumbo a la llanura.



Los guerreros de Tenamaztli formaron sobre terrenos más planos una media luna para combatir de frente y por los flancos al ejército de Alvarado. La formación se fue cerrando al grado de amenazar con envolver por completo a los españoles. Éstos huyeron entre pantanos hasta una quebrada empinada que remontaron a toda prisa. Alvarado iba en la retaguardia retando a los perseguidores y cubriendo la huida de sus hombres. Cuando sus adversarios habían dejado de perseguirlos; uno de sus hombres, de nombre Baltasar Montoya, no salía de su pánico y seguía forzando, con las espuelas, el galopar de su caballo. Intentó calmarlo el Adelantado: "Sosegaos Montoya, que los indios parece que nos han dejado." El miedo lo ensordecía y siguió fustigando al animal hasta que resbaló dando tumbos por la cuesta yendo a chocar contra Alvarado a quien arrastró a una barranca.

Arrogante y marcial en todo momento, no quiso que los indios supieran su desgracia. Ordenó a uno de sus hombres ponerse su armadura e insignias. Sus heridas eran graves y se lamentaba por ello: “esto se merece quien se junta con hombres como Montoya.” El golpe recibido en el pecho apenas le permitía respirar. Al preguntarle que le dolía, respondió que el alma: “llévenme donde la curan con el bálsamo de la penitencia.”

Le trasladaron a Atenguillo donde lo encontró Oñate. El moribundo se sinceró con el gobernador: ante él reconoció la imprudencia de no atender los consejos de quienes conocían mejor el lugar y al enemigo. Al día siguiente llegó a Guadalajara, el 4 de julio de 1541. Tras aliviar el alma murió. Moría una leyenda y nacía otra. Tenamaxtli pasó a la ofensiva. Decidió atacar a la ciudad de Guadalajara. Sus defensores levantaron murallas y excavaron fosos. Mendoza les mandó, a súplica de Oñate, 70 soldados de a pie y de a caballo. El 27 de septiembre, los insurrectos hicieron entrar en pánico a los vecinos de la ciudad. El número y fiereza de los atacantes despertó ese miedo que invita a la plegarias y al llanto. Oñate mantenía la calma y la energía requeridas para organizar la defensa.

El día 28 a las once de la mañana, las huestes de Tenamaxtli, unos 10 ó 15 mil guerreros, comenzaron el asalto a la ciudad. Los atacantes horadaron las defensas y obligaron a los españoles a replegarse a casas que servían de fortines. A fuego de cañón contenían el ataque masacrando a gran número de indios. Mal caía uno cuando otro ocupaba su lugar. Tras varias horas de combate, los atacantes, seguros de la victoria, se replegaron a descansar prometiéndoles a los españoles que los obligarían a morir de hambre encerrados en sus fortalezas.

Oñate sabía que tenían razón. Había que huir o morir en el intento. No existía más opción. Abriéndose paso nuevamente con la artillería, Oñate se puso al frente de un piquete de soldados; a los flancos resguardaban la salida, por un lado, Anuncibay y, por el otro, Andrés de Villanueva con la caballería.

Dadas las circunstancias, Oñate le propuso al cabildo trasladar la ciudad a otro sitio. Tlacotán no era zona segura; tenía al frente numerosas barrancas que podían esconder a potenciales enemigos y por detrás estaba el río que cortaba la retirada en caso de ataque.

Eligieron como nuevo asentamiento el valle de Atemajac. Esta tierra le pertenecía a Guzmán. El tomarla lo enfadaría. Mas dada su situación (prisionero y encarando la justicia) ya no intimidaba y si alguno miedo quedaba, las palabras de Beatriz Hernández, esposa de Diego Hernández, lo despejaron. Leyenda o realidad, la historia consigna que la mujer alzó la voz con fuerza ante los titubeos e incertidumbres de los vecinos y sus palabras fueron: “el rey es mi gallo ¿qué nos ha de hacer D. Nuño que ha sido causa de hallarnos en estos lances? Debe fundarse la ciudad donde más convenga sin respeto al Sr. Guzmán ni a otro alguno.”

La reubicación no salvó a los neogallegos del peligro. Tenamaxtli seguía al asecho. Perdió una batalla; pero continuaba en pie de lucha. Para fortuna de los vecinos de Guadalajara, el virrey Mendoza no subestimó la rebelión (la muerte de Alvarado debió pesarle) y decidió ir en persona a sofocarla.

Salió de la capital, el 2 de octubre de 1541 al frente de 300 jinetes otros tantos infantes, 8 piezas de artillería y veinte mil indios nativos de Tlaxcala, Huexotzinco y Chalco. En Coynan, Mendoza obtuvo su primera victoria sobre los insurrectos. Los sobrevivientes se fortificaron en el Peñón de Nochictlán. En Acatic, el gobernador Oñate, en compañía de 50 soldados, unió fuerzas con el Virrey. Ambos deliberaron cómo atacar el peñón. Antes de iniciar el asalto, mandaron a Miguel de Ibarra a concertar la paz. Tenamaxtli le contestó a Ibarra que: “yo también os requiero para que os volváis a vuestra Castilla, pues nosotros estamos en nuestra tierra”. El encomendero intentó intimidar al caudillo; textualmente le dijo que abriera los ojos; que el Virrey en persona estaba allí capitaneando un numeroso ejército al que no lograría vencer sólo con arrojo y decisión. Nuevamente Tenamaxtli lo increpó con la sensatez del que reconoce la nobleza y justicia de la causa que defiende: “Debéis estar locos pues por vuestra voluntad venís a que os matemos: nosotros por fuerza nos exponemos a la defensa de nuestras tierras, mas a vosotros ¿quién os ha llamado?”

La noche del 26 de noviembre atacaron los españoles. Tomaron la primera posición. Al día siguiente los indios insurrectos descendieron por dos partes fijando como objetivo de su ataque el campamento de las tropas auxiliares de Xilotepec y de Chalca. Fueron repelidos y obligados a replegarse al lugar donde todo empezó, al cerro del Mixtón.

Hasta allí llegaron los españoles, dos días después. Seguramente el número y la fiereza de los atrincherados sorprendió a Mendoza. Las crónicas hablan de 50 mil y algunas elevan el número a 100 mil. Sabía el Virrey que el enfrentamiento por venir costaría infinidad de vidas y sufrimientos.



Cuentan que dudó de la legitimidad de su empresa; quizá reflexionó y encontró sensatos o justos los reclamos de Tenamastli. Necesitó Mendoza de la opinión de algunos teólogos para proseguir. El Dean de la Catedral de Oaxaca, Pedro de Gómez de Maraver, los agustinos Francisco de Villafuerte y Francisco de Salamanca, y los franciscanos Antonio de Segovia y Miguel de Bolonia le convencieron de la justicia y pertinencia de la causa por la que peleaba.

Aunque las atrocidades de la guerra lastimaban la conciencia de todo buen cristiano; éstas quedaban saldadas por el bien mayor que implicaba sacar de la idolatría a los renuentes a abrazar la verdadera fe. Los indios no aceptaron la paz; legítimo era, entonces, hacerles la guerra; le contestaron estos clérigos al Virrey.

El día 30, el padre Segovia les hizo un último llamado, una última exhortación para que se rindieran pacíficamente. Valiéndose de un intérprete, el misionero les soltó a los rijosos un largo sermón; en él les resumió los misterios y verdades básicas de la Doctrina Cristiana. Es probable que los guerreros de Tenamastli hayan entendido poco, quizás nada, de aquél sermón y tras una desesperante y silenciosa espera comenzaron todos a pelear.

Ocho días duraron los combates. Con el apoyo de

la artillería, lograron los españoles tomar el cerro obligando a los rebeldes a huir y dispersarse. Continuó su campaña el Virrey hasta Nayarit, donde persistían algunos focos de insurrección. Oñate lo disuadió de no continuar pues las agrestes montañas de la región daban ventaja a los rebeldes y hacían inútiles los caballos.

Retornó entonces Mendoza a la capital donde importantes asuntos demandaban su atención. Oñate hizo lo propio; regresó a Compostela, la primera capital de la Nueva Galicia.

Con el sofocamiento del levantamiento del Cerro del Mixtón concluyó la etapa militar de la conquista en Nueva Galicia. Pensaron los neogallegos que el establecimiento de la fe cristiana con toda formalidad demandaba la fundación de un obispado.

El 3 de enero de 1543, los alcaldes y regidores de Guadalajara le mandaron una carta al Rey solicitándole la creación de un obispado en Nueva Galicia. En 1544, el emperador, Carlos V le hizo extensiva la petición al Papa Paulo III; quien dio su aceptación en 1546. En orden cronológico, el Obispado de la Nueva Galicia ocupó el lugar sexto; siendo anteriores los de Yucatán (1519), Tlaxcala y Puebla (1525), México (1527), Antequera (1535) y Michoacán (1536). El primero en presidir el recién fundado obispado fue Pedro Gómez de Maraver, originario de Granada,



España, Dean de la Catedral de Oaxaca. Gómez de Maraver fue consagrado en México en 1547 y tomó posesión de su cargo ese mismo año.

Nacía una sociedad sobre las ruinas de las antiguas naciones indígenas; esta nueva sociedad, surgida de la fusión de lo europeo y americano, pretendía ser inclusiva y conciliadora. Así lo concibieron los monarcas españoles al no transigir con los conquistadores en su reclamo de

esclavizar a los indígenas. El primer obispo de Nueva Galicia respaldaba a los españoles en esta pretensión, argumentado que adquirir derechos sobre la libertad de los nativos era el justo pago por las penurias que sobrellevaban en tierras tan escasas en oro y plata.

Un año después, el 13 de febrero, el Rey ordenó establecer una real audiencia en la Nueva Galicia (la segunda en la Nueva España) cuya función sería gobernar y administrar justicia. Su primer lugar de residencia fue la ciudad de Compostela. Dicha audiencia estaría integrada por un presidente y cuatro oidores. El presidente asumiría facultades de gobernador del Reino de la Nueva Galicia. Los oidores ejercerían como tribunales de primera instancia, ocupándose principalmente de asuntos de orden civil.

Compostela no prosperó por los latrocinios y abusos de los oidores; muchos de sus habitantes la abandonaron; el número de familias españolas se redujo a media docena. No había razón para que la Real Audiencia permaneciera en dicha ciudad. Dispuso entonces el Rey trasladarla a Guadalajara; ciudad que ya albergaba, como se mencionó atrás, al obispado. El cambio se ejecutó el 10 de diciembre de 1560.

Por lo común se describe a la Colonia como un periodo histórico de letargo; sin mayores brillos y glorias en lo cultural y económico. Los hechos nos pintan un panorama distinto. Bajo el dominio español la Nueva Galicia sufrió rebeliones indígenas, sequías y pandemias; pero también sus habitantes atestiguaron grandes empresas marítimas e hicieron prosperar el comercio y las manufacturas.

Una de estas exploraciones; quizá las más trascendente fue la que zarpó del puerto de Barra de Navidad con rumbo a Filipinas. El sucesor de Carlos I de España, Felipe II, estaba interesado en acrecentar los dominios del imperio en extremo oriente y deseaba anexar a sus dominios el archipiélago asiático ya descubierto por Fernando de Magallanes que, a la postre, recibió, en su honor, el nombre de Filipinas.

El rey hizo oficial su proyecto en una cédula expedida en el año de 1557. El entonces Virrey de la Nueva España, Luis de Velasco, le encomendó a Juan Pablo de Carrión todos los preparativos. Él en persona se haría cargo del astillero y el aprovisionamiento de la flota que partiría de Barra de

Navidad hacia las "islas de las especias".

El hombre escogido por el propio rey para comandar la flota fue el fraile agustino Andrés de Urdaneta, quien nació en la villa franca de Guipúzcoa. De joven combatió como soldado en la guerra de Italia; navegó por el Mar del Sur en la expedición realizada por el encomendador Jofre de Loaiza a Molucas (islas de las especias).

En 1536 desembarcó en Lisboa y al tiempo dejó Europa para irse a vivir a México, donde, ya cansado de los trajines de la mar, tomó el hábito agustino.



El hombre escogido por el propio rey para comandar la flota fue el fraile agustino Andrés de Urdaneta, quien nació en la villa franca de Guipúzcoa. De joven combatió como soldado en la guerra de Italia; navegó por el Mar del Sur en la expedición realizada por el encomendador Jofre de Loaiza a Molucas (islas de las especias).

En 1536 desembarcó en Lisboa y al tiempo dejó Europa para irse a vivir a México, donde, ya cansado de los trajines de la mar, tomó el hábito agustino.

En 1552, el Rey le escribió a Urdaneta para ofrecerle el mando de la expedición; cargo que rechazó, sin embargo, le remitió al monarca un plan de navegación para la armada del Mar del Sur; descripciones de los puertos de Acapulco y Barra de Navidad y además se comprometió a acompañar a los expedicionarios siempre y cuando no recayese en su

persona el mando.

El comando de la flota le fue delegado a Miguel López de Legazpi. La expedición zarpó del puerto de Barra de Navidad el 21 de noviembre de 1564. La integraban la Capitana, tripulada por Legazpi y Urdaneta; los galeones San Pablo y San Pedro y los dos pataches San Juan y San Lucas. Sin contratiempos llegó la escuadra a Filipinas. Lo difícil era el regreso. Legazpi toma una decisión aventurada, pero conveniente para la empresa: decide quedarse en la isla Zebú y le envía un par de cartas al rey suplicando ayuda para él y sus expedicionarios.

La gran hazaña y el motivo principal del viaje corrieron por cuenta del padre Urdaneta. Su misión era encontrar la Vuelta del Poniente, es decir, una ruta marítima de vientos y corrientes favorables que permitieran a los navegantes regresar a las costas de América.

Urdaneta abordó un barco capitaneado por Felipe Salcedo, sobrino de Legazpi, el 1 de junio de 1565. El viaje resultó sumamente accidentado; al poco tiempo de zarpar, murieron el piloto y el maestro. Para encontrar vientos favorables, tuvieron que subir hasta los 36° de latitud. El viaje se prolongó más de lo planeado; otros catorce hombres murieron; Urdaneta tuvo que gobernar la nave, la gente empezaba a escasear por defunción o enfermedad; incluso para las labores más indispensables se carecía de personal en la nave. El propio padre agustino y el capitán Salcedo tuvieron que echar el ancla al llegar a su destino. Muchos marinos sucumbieron en la travesía, otros la concluyeron enfermos o macilentos, pero la Vuelta del Poniente había sido localizada. La proeza no tardó en rendir sus frutos; con la carta de navegación trazada por Urdaneta se establecieron rutas comerciales seguras con Filipinas y el extremo oriente.

En el recuento de hechos desafortunados destaca la rebelión de los indios tepehuanos. En 1616, acaudillados por un indio de inspiraciones místicas, numerosas tribus tepehuanas se levantaron en armas en las norteñas regiones de la Nueva Vizcaya. La rebelión se propagó con rapidez hasta la Sierra de Nayarit, territorio neogallego. Animaba la rebelión el deseo de venganza, los resentimientos y una sed no saciada de justicia.

Reclamaban la expulsión de los españoles a los que calificaban de usurpadores de sus tierras, explotadores y saqueadores. Los reclamos asumían un revestimiento religioso que los potenciaba y daba el justo contrapeso a la sumisión espiritual y de conciencia; el líder de los rebeldes se legitimaba en su papel proclamándose hijo de Dios y del Espíritu Santo, pregonaba que las verdades cristianas eran falsas así como inútiles sus ritos. La rebelión fue sofocada en la nueva Vizcaya.

Un remanente de ésta alcanzó a golpear a la Nueva Galicia. Un mestizo llamado Gogoxito al frente de un grupo de indios acató el pueblo de Acaponeta cuyos habitantes se fortificaron para repelerlos. De Guadalajara y Durango les enviaron en total cuarenta soldados y otros tantos indios auxiliares para acabar con aquella amenaza. La zona quedó pacificada dos años después, gracias a la predicación de los padres jesuitas.

El indio Mariano, el de la máscara de oro, relato de una sedición

Por el Lic. en Historia Antonio Salas Meza

El 3 de enero de 1801, muy temprano, se presentó el indio Manuel Maldonado, ante el subdelegado de Tepic, Juan José de Zea; su propósito era delatar la subversión del Indio Mariano, el de la Máscara de Oro, rey de las Indias. Tal noticia causó impacto en las autoridades, al grado que esa misma noche fueron aprehendidos María Paula de los Santos, el presidente municipal de Tepic, José Disiderio Maldonado, y Juan Francisco Medina, acusados de ser los principales organizadores de la rebelión.

En los interrogatorios; María Paula, una mujer tapicense de origen indígena, relató los siguientes hechos: que en la mañana del 17 de diciembre de 1800, tres indígenas visitaron su casa; el mayor, cuya edad oscilaba entre los 50 y 60 años, se identificó como Mariano, hijo del cacique de Tlaxcala, localidad de la provincia de Colotlán; el otro sujeto, de treinta, y un niño de nueve años de edad le pidieron hospedaje.

Mariano también solicitó a su anfitriona que redactara cartas en las que hiciera saber a todas las naciones y poblados de indios su intención de coronarse Rey y Señor de las Indias, pues esas tierras le pertenecían a él y sus antepasados. No creyó la mujer ser la indicada para esa labor; motivo por el cual invitó a su amigo Juan Hilario Rubio, originario de Mascota, el cual se encargó de ejecutar el plan. Las cartas redactadas versaban lo siguiente:

Noticia a todos los señores alcaldes de todos los pueblos de indios de este reino de Indias, que para la entrada al pueblo de Tepic os espera el día 5 de enero de este año de uno a orillas de Tepic a la parte del poniente, en donde llaman las higueras de lo de Lamedo, sin ninguna excusa, con citación de todos los indios, viejos y mozos, para la campaña de entrada a Tepic, que soy el Rey de las Indias, el día de Reyes... Espero respuesta con el enviado, firmada por el escribano., (que) las armas que sean lanzas, flechas, cortantes, hondas, palos o piedras. También encargo mayor sigilo y silencio sin que el alcalde mayor lo sepa y ningún vecino de Tepic lo sientan, se me hagan presente en la parte que los cito. Pasa esta a otro pueblo.

La siguiente trama de historia movilizó a las autoridades del reino de Nueva Galicia. El intendente de la capital del reino, José Abascal y Souza, ordenó al comandante del departamento naval de San Blas, Francisco Eliza, la inmediata organización de la defensa de Tepic, reuniendo un total de 762 hombres; conformados por cuerpos milicianos de los poblados de Sentispac, Compostela, Acajoneta, Sandoval y Peralmita, la infantería veterana, marineros y artilleros de San Blas, El Batallón de milicias de Guadalajara y el cuerpo de dragones de Nueva Galicia; reuniendo ocho piezas de artillería de diverso calibre.

Llegó el día esperado. Nunca se hizo presente "Mascara de Oro" ni su ejército de indígenas. Los milicianos y soldados sólo apresaron algunos cuantos pequeños grupos de insurrectos que asistieron al llamado del Indio Mariano, que no significaban de manera alguna eminente amenaza. Sin embargo, la represión fue brutal para los pueblos que se vieron involucrados, en los días y meses posteriores al descubrimiento de la sedición. Las autoridades españolas realizaron exhaustivas indagaciones en todo el territorio que conformaba el virreinato de Nueva España, sin embargo el Indio Mariano nunca fue aprehendido.

El gobernador de Colotlán informó que los hijos del gobernador indígena de Tlaxcala no llevaban ese nombre y eran súbditos fieles.

La real Audiencia de Guadalajara concluyó la inexistencia del indio Mariano y declaró a Juan Hilario Rubio "autor principal de la conmoción sediciosa y traidor infame". Fue condenado a muerte por mutilación. A María Paula de los Santos, por su avanzada edad, se le confinó a pasar sus últimos días en la Casa de las Recogidas de Guadalajara y a varios indios involucrados se les condenó a seis y ocho años de prisión.

Juan Hilario murió antes de cumplir su condena. El rey concedió indulto a los involucrados el 19 de septiembre de 1805. Jamás se volvió a saber nada del mítico Indio Mariano, el de la Máscara de Oro, pero su figura se rehusó a perderse.

El ideal de un caudillo, que liberara a sus congéneres del yugo del opresor, quizá fue la causa que llevó a fortalecer el mito del Indio Mariano, el de la Máscara de oro; refleja también la nostalgia de los viejos tiempos añorados por

Juan Hilario y la mayoría de la población indígena y su gran descontento por los abusos y la explotación

Canek, héroe entre los mayas o el títere de un pueblo en agonía

Por el Lic. en Filosofía Ángel Salvador Neri Padilla

Los mecanismos coloniales de explotación habían existido por siglos y probablemente no eran peores en 1761 de lo que habían sido antes. Los españoles gobernaban en Cisteil, un pueblo de reciente fundación en Yucatán.

Dos siglos de colonialismo y cristiandad, los mayas continuaban creyendo que el tiempo no se movía a lo largo de un continuum sino en ciclos y que el régimen colonial era sólo una fase en esta historia cíclica. Por tanto, suponían que, tarde o temprano, el pueblo maya volvería a estar en la cima tanto cultural como económica y retomaría el poder gubernamental, espiritual y religioso.¹

El pueblo maya se encontraba inconforme con este sistema que los gobernaba; su levantamiento obedecía a su necesidad de tomar el control del gobierno y del sistema en sí.

Y como si su plegaria hubiera sido escuchada, apareció en Cisteil, un peculiar personaje, desconocido para todos; pero, justo lo que necesitaban. Un hombre con el valor suficiente para proclamarse a sí mismo Rey del pueblo maya, y con una locura exorbitante como para organizar una revolución tan grande que ahora es parte de los libros de historia y una leyenda de heroísmo entre el pueblo maya.

El héroe

Jacinto Uc de los Santos, natural del barrio de Laboríos en el puerto de Campeche, tenía 30 años en 1761. Recorriendo varios pueblos, presentándose como un chaman, adivinador, místico, e inclusive proclamándose el propio Moctezuma (Moctezuma fue el único gobernante azteca conocido por los mayas), entre muchos otros títulos que dijo tener. Mas no se sabe con certeza cuál era el conocimiento físico y espiritual que este hombre alardeaba de poseer; pues no hay antecedentes ni testigos de la legitimidad de cuanto conocimiento dijo ser poseedor. Años después, se dijo que él había recibido algún tipo de educación de los franciscanos, aunque esto no se mencionó en su juicio. Sus actos hablan de un hombre que se creyó y se condujo como un chamán.² Jacinto Uc de los Santos se convirtió en Canek cuando los

caciques de los pueblos cercanos y el teniente (el principal oficial maya era identificado como teniente) de Cisteil lo reconocieron como tal y ordenaron a los indígenas que se sometieran al profeta carismático que desde luego aceptó el liderazgo.

Su comportamiento como chamán convenció a los indígenas del pueblo que él era el Rey. Y cuando los líderes religiosos de Cisteil declararon que Uc era el monarca legítimo, fue coronado Jacinto Uc de los Santos, Can Ek, Rey Montezuma:

Canek escogió un nombre con alto significado histórico para los mayas: se proclamó rey y encabezó una rebelión que tuvo por meta el dominio político y religioso de los mayas en Yucatán.

El Rey

La famosa rebelión de Jacinto Canek, según un estudio del juicio criminal, fue una rebelión sumamente seria, con un fuerte contenido anticolonialista; pero, las causas parecen ser más de naturaleza cultural que económica. Absurdamente lo que dio inicio a la batalla o más bien a la masacre, comenzó en una posada, lugar de descanso y ocio para los viajeros. Allí mismo, un comerciante ambulante español, llamado Diego Pacheco, declaró que Canek era un "borracho".

Me supongo que para haber dicho tal ofensa, fue o porque lo vio con sus propios ojos bebiendo y alardeando de su grandeza o porque le llegaron a oídos una de las tantas ovaciones que el mismo Canek proclamaba de sí mismo. Sea cual sea el caso, Canek al enterarse de tal insulto, mando asesinar a Pacheco, la primera orden de grado justiciero y a la vez soberbio que hubo de proclamar como Rey; misma orden con la que determinó el mal comienzo de una guerrilla que no terminaría bien para el propio Canek y el pueblo de Cisteil.

El "Rey profeta" no pretendía en su mandato el exterminar a los españoles, sino más bien lograr su asimilación; pues entre sus otras tantas órdenes que dio como Rey, estaba la de casar obligadamente a las mujeres españolas con los indios, fusionar el sistema de gobierno español con el sistema de mando jerárquico maya, y proclamándose líder religioso, consagró a nuevos sacerdotes, los cuales vestían con atuendos del sacerdocio católico.

La Guerra

Horas después un destacamento de 20 hombres, provenientes

de Tixcacaltuyú, bajo el mando de Tiburcio Cosgaya, el capitán de guerra de Sotuta, entró al pueblo para restablecer el orden. Los mayas atacaron a los españoles con palos, machetes, estacas y unas pocas armas de fuego. Sólo cuatro hombres del destacamento escaparon con vida y regresaron a Tixcacaltuyú.

Entonces, tanto los españoles como los mayas movilizaron sus fuerzas. En pocos días un destacamento de cientos de milicianos españoles se reunió en Peto (situado como a 20 Km. al sur de Cisteil). El ataque empezó a las tres de la tarde del 26 de noviembre de 1761. Las fuerzas de Calderón, que contaban con más de 500 hombres, rompieron las líneas defensivas mayas y la carnicería empezó. Más de 500 indígenas murieron en Cisteil y las bajas del lado español fueron de solamente 40 muertos. Todavía en los próximos días cientos de mayas fueron capturados, muchos rindiéndose después de que Calderón había ordenado un alto a la matanza y ofrecido buen trato a aquellos que se entregaran. A Canek, el ahora ex-rey de los mayas, se le citó sentencia: debía ser despedazado con tenazas y luego de que muriera, su cuerpo sería quemado y sus cenizas esparcidas al viento. Entre los cargos que se le imputaron, entre muchos otros de carácter penal, también se sumaron sus ofensas, tanto a la Corona como la blasfemia de suponerse una deidad. En aquel tiempo existía una dualidad de pecado-delito, es decir, no existía una clara diferenciación entre delito y pecado a tal grado que los entendidos del derecho usaban ambos términos a veces como sinónimos.

Tirado en un rincón de la cárcel, Juan Al Akun recuerda a su padrino que le hizo conocer las letras del Chilam-Balam. Recuerda su compañera que prefirió morir antes que ser tocada por el capataz de la hacienda. Recuerda su vida de peón. Los mayas, despojados de sus tierras, vivían la profunda indignación de ser esclavos. Jacinto Canek, indígena educado en colegio franciscano. De a poco el sol va creciendo en su pensar y late en su corazón la necesidad de ayudar a su pueblo. Imagina que siendo cura podrá cumplir sus sueños. Pide ser ordenado. Los franciscanos no aceptan la petición. "Los indios no pueden ser sacerdotes", le dicen antes de expulsarlo del colegio por "el atrevimiento". Esa actitud deja un sabor amargo y el corazón triste. "Los europeos no saben nada de la tierra, ni del mar, ni del viento de estos lugares. ¿Qué saben ellos si noviembre es bueno para quebrar los maizales?", pensó Jacinto antes de comenzar su peregrinación por los pueblos de Yucatán. Se dice que Canek profundizaba en esos recuerdos, arrepentido

u orgulloso, lo esperaba la peor de las muertes.

El títere

Recordemos también que Canek no se coronó a sí mismo líder religioso y Rey de los mayas, ni siquiera sabemos si realmente él pretendía serlo, lo que sí está muy claro y directo, es que fueron los caciques, el teniente y los líderes religiosos de Cisteil; quienes lo declararon Rey y líder y aceptaron de Canek todos sus "títulos" espirituales y proféticos que él decía le habían sido otorgados por Dios.

Pero ¿por qué Canek? Este hombre que en la actualidad si lo vemos y escuchamos en la calle proclamándose ser Jesús de Nazaret, lo ignoraríamos como ya lo hemos hecho antes con muchos otros que al igual que él ya nos han querido convencer de muchas otras cosas. Acaso Cisteil y su gente estaban tan necesitados de un salvador, de un héroe que reviviera en los mayas aquella ilusión, añoranza en la que ellos eran el pueblo supremo sobre la tierra (desde su punto de vista cultural), que aún sabiendo por notoriedad y clara obviedad que Jacinto no era más que otro de tantos que dicen ser el "Mesías" y que sólo necesitaba atención, pues sabemos que en el pueblo de Cisteil, en Yucatán, Canek era el único de Campeche, lo que nos lleva a pensar que no tenía familia alguna ni conocidos cercanos en el pueblo donde fungió por un breve pero activo momento como el salvador profetizado por los mayas.

Para terminar, no me queda más que concluir que Canek fue víctima, no del pueblo maya y de su cultura en agonía, sino que más bien lo fue de sus propios delirios de grandeza, pues bien se dice "cuidado con lo que deseas pues podría cumplirse". Los mayas lo aprovecharon para revitalizar su cultura; pero, el escoger a Jacinto no fue para ninguno la mejor opción; pero, desafortunadamente era lo único que tenían, y este error sólo logro llegar a los libros y antecedentes históricos y culturales, que quizá si esto era lo único que pretendían lograr, pues lo hicieron bien.

La Guerra Chichimeca analizada desde la visión de Nietzsche

Lic. en Filosofía Ignacio Ramírez Meléndrez

Los chichimecas eran vistos por los españoles como un pueblo primitivo o un grupo de incivilizados, en otras palabras, como un pueblo de cultura inferior (en comparación con ellos), pues así lo expresa Cortés en una carta escrita en el año de 1526:

Entre la costa del norte y la provincia de Mechoacán hay cierta gente y población que llaman chichimecas; son gente muy bárbara y no de tanta razón como las de estas provincias (Rionda, 1996:39).

Lo que motivó a Cortés para preparar la guerra fue la adquisición de tierras y minerales, empero, se dice que estaba mal informado sobre los pobladores a los que se enfrentaría y por ello, los subestimó; pensó que sería una lucha sin complicaciones. Resultó, por el contrario, la guerra más cruenta y larga que tendría el antiguo imperio español en tierras novohispanas. La reyerta se desarrolló en los actuales territorios de Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí y el norte de Jalisco.

Uno de los primeros acercamientos con los chichimecas fue realizado por Fray Juan de San Miguel: fundó hospitales en 1545 y además dio inicio a la evangelización de los indígenas. El propósito de la Corona española era dual: conquistar y evangelizar, para con ello civilizar a sus nuevos y forzados súbditos.

La conversión al catolicismo tenía como propósito la salvación de las almas, empero los españoles llegaron a discutir sobre el hecho de que los indígenas poseían alma o no. El debate fue realizado por Sepúlveda y Bartolomé de las Casas y después de una prolongada polémica; llegaron a la conclusión de que sí tenían alma y, por tanto, era legítimo evangelizarlos para su salvación. Por ello, se quemaron todos los códices de los sometidos, porque se consideraba que esos textos paganos eran producto del demonio.

La insurrección de los indios comienza en 1551 en el pueblo de San Miguel; la reyerta se entabló principalmente en los nuevos territorios adquiridos por la Corona española. Un ataque, cruento, sorpresivo y violento fue el inicio de la

guerra de los chichimecas. Los guamares de la región de San Miguel también contribuyeron a la lucha que inició contra los del viejo continente. El arco y las flechas fueron sus principales armas.

La Corona española necesitaba justificar la guerra, para eso se realizó un escrito que se llamó: Tratado de Guerra de los chichimecas, el cual fue escrito en la segunda mitad del siglo XVI, el objetivo era informar sobre las costumbres del aludido pueblo y además se estableció la ética de la Conquista; la cual consistía a grandes rasgos en evangelizar para la salvación de las almas y la ambición del botín de guerra. Los debates teológicos y jurídicos se desarrollaron entre 1531, 1536, 1544 y 1549, algunos de los que debatieron fueron Ginés de Sepúlveda y Juan de Valladolid y Bartolomé de las Casas. En *Tratados de la guerra*, Silvio Zavala escribió:

La Corona no abandonó el sistema de costas privadas que venía sirviendo de base para la organización de las empresas de descubrimiento y colonización, a falta de aportaciones económicas del poder público. A este sistema se atribuía, en buena parte, el deseo incontenible de los soldados de resarcirse de sus gastos y trabajos a costa de los indios (Carrillo. 1999:20).

Fray Guillermo despreciaba la guerra, debido a su piedad cristiana, empero a la Corona española le importaba la piedad cristiana, pero también le interesaban el dominio, conquista y la obtención de recursos naturales como el oro. Por ende, el principal eje que impulsaba la lucha por la adquisición de nuevos territorios era la mentalidad de someter al débil. Incluso el virrey Martín Enríquez, entre 1569 y 1575, convocó a una junta de teólogos y juristas de la Nueva España, para reflexionar sobre la legitimidad de la guerra. La cuestión es si el derecho del más fuerte, tiene mayor valor que la compasión cristiana. En otras palabras: ¿qué cosa tiene más valor la paz o la guerra?

Según Friedrich Nietzsche lo primero: es un valor decadente, que constituye la renuncia a toda vida ascendente, a todo aquello que es vida y voluntad de poder. La voluntad de poder gira en torno a dos valores que ontológicamente son la misma: la conservación y el aumento de la voluntad de poder, los cuales consisten a grosso modo: en conservar lo conquistado e incrementar la adquisición de nuevos territorios (ambición irrefrenable). Para el filósofo alemán la vida: es voluntad de poder o de dominio, es decir, apropiación, avasallamiento de lo que nos es extraño y más débil.

En esta tesitura, el pacifismo es una aptitud hecha para los pueblos endeble y fracasados; de allí que el antiguo imperio español valorara más la guerra que la paz. Prueba de ello, es que llevaron a la práctica lo primero antes que lo segundo. Si la paz hubiera sido considerada como valor supremo, indudablemente, el Imperio español se hubiera debilitado, hasta llegar al grado de caer en un espiral descendente, que sería la consecuencia de una moral de la compasión que, para Nietzsche, es tanto menos que una "moral enfermiza y antinatural".

Así pues como lo dije con antelación, Cortes: pensó que la guerra con los chichimecas sería una beligerancia sin ningún problema para la Corona, empero ignoraba las habilidades que tenían estos habitantes del desierto con el arco y la flecha; además eran pueblos fuertes, nómadas, bravíos y crueles, como lo ilustra Alberto Carrillo en el siguiente párrafo:

Los chichimecas son descritos como extremadamente crueles. En la guerra no perdonan la vida ni a hombres ni a mujer (como no sea a algunos muchachos o mozas), y aun a los niños de pecho contra las piedras y a las madres descuellan y matan. A todos los cautivos arrancan las cabelleras, cortando un rodete del cuero cabelludo y dejando el casco mondo y esto estando vivos. Les quitan también los nervios, para atar con ellos las puntas de pedernales de sus flechas. Les sacan, vivos aún, las canillas de piernas y brazos y aun las costillas. Estos huesos, junto con las cabelleras se las cuelgan como trofeos de guerra. A muchos cuelgan de los árboles, flechándolos por los ojos, orejas, lengua, sin perdonar los genitales (1999:31).

Los chichimecas atacaban de madrugada siempre buscando los medios para que las investidas fueran inesperadas para el enemigo; ya que solían acecharlo y si era necesario regresaban a sus escondites; después de una irrupción fugaz, para que las cosas no se les complicaran. Esta especie de acometidas relámpago, por así llamarlas, fue algo que debieron investigar los españoles. Fue aquella en parte una primitiva guerra de guerrillas; en la que, la verdadera fuerza, la forjada por la civilización y músculo tecnológico militar, se sobrepuso a la valentía y bravura.

Bibliografía

Carrillo. 1999. Guerra de los Chichimecas. Zamora. El colegio de Michoacán.

Rionda. 1996. Pasado y presente de los Chichimecas. . Guanajuato. Archivo General del Estado de Guanajuato.

La Rebelión del Rey Mesías Jacinto Canek

Lic. en Filosofía Ignacio Ramírez Meléndrez

Muchas rebeliones o levantamientos pueden ser románticos, violentos, épicos, libertadores; pero, pocas pueden ser descritas como proféticas y profundamente religiosas. Esta descripción define el movimiento encabezado por el caudillo esperado en la literatura sagrada maya.

El alzamiento en la localidad de Cisteil, orquestada por Jacinto Uc de los Santos, mesías para los indígenas de Yucatán oprimidos por los españoles y un demente pagano e idolatra para los invasores “blancos”, está lleno de anécdotas escabrosas para el punto de vista moderno; pero, para su tiempo fue un conflicto que desataría fuerzas más allá del eco de su tiempo.

Para comprender los motivos que llevaron a Jacinto Uc a convertirse en el legendario Rey-Mesías tenemos que entender el mundo que pisó, el espacio en que se desarrolló esta polarizada rebelión y, lo más importante, las creencias en conflicto en su época. El Yucatán colonial estaba matizado no sólo con el frenético y brutal dominio de los hidalgos españoles sobre los indígenas que eran azotados y esclavizados en las haciendas de esta región, también entraba en juego la destrucción de las tradiciones culturales de los mayas por parte de la Iglesia en su campaña de evangelización.

Este universo de desigualdad estaba marcado por el desamparo de súbditos nativos atados a una Corona que sólo deseaba llenar sus arcas con oro y plata de las colonias de ultramar, y por la sombra de una religión capaz de todo en su reclamo por las almas de los indígenas.

El “mago” y “profeta” Jacinto Uc nació en el barrio de San Román, en la ciudad de Campeche; fue formado por religiosos franciscanos en el convento mayor de la ciudad de Mérida; sabía leer y escribir, también aprendió algo de latín, teología, así como los libros del Chilam Balam. Debido a su temperamento rebelde fue expulsado. Después tomó el oficio de panadero en Mérida, donde empezó a relacionarse con los caciques de los barrios indígenas.

Tiempo después comenzó a vagar por diferentes provincias y territorios como Belice. De este peregrinaje se cuenta que vivía como un auténtico chamán, realizando rituales paganos en la selva espesa y en los montes del sur de Yucatán, apartados del control de los españoles. Aparte se decía que curaba a los enfermos y que sólo comía flores de jazmín.

Jacinto Uc llegó a la comunidad de Chikindzonot, pueblo del centro de Yucatán, en octubre de 1761. Allí se rebeló como el Rey profetizado y dotado de poderes sobrenaturales; pero, fue expulsado por el cura local. Uc tuvo que trasladarse al poblado de Tiholop, donde habló con los caciques locales realizando milagros y anunciando que sería coronado rey en el pueblo de Cisteril.

Bajo esta “revelación”, ordenó que le entregaran todos los recibos por pago de tributo a la corona española y los quemó como símbolo del fin de una era de vasallaje. Otra de las extrañas y hierofánicas órdenes del nuevo autoproclamado rey de Yucatán fue la de matar a todos los cerdos, alegando que contenían las almas de los españoles y que por eso debían ser sacrificados para obtener supuestamente el poder para matar a sus opresores.

El 19 de noviembre de 1761, Uc llegó al poblado Cisteil, ubicado cerca de la ciudad de Sotuta, durante la fiesta dedicada a Nuestra Señora de la Concepción, santa patrona del pueblo. Entró al curato de Tixcacaltuyub con pompa y majestad, entre el humo y el fuego de un incendio que, aparentemente, él provocó con sus “artes endemoniadas”. Después del incendio, el sacerdote del pueblo Miguel Ruela huyó hacia Sotuta.

Jacinto Uc dio un largo discurso a sus seguidores en el cual los invitó a liberarse del yugo de los españoles. Después de su arenga, Canek fue llevado al interior de la iglesia y ahí fue proclamado Rey. Le colocaron la corona y el manto de la patrona del pueblo y se hizo llamar Jacinto Uc de los Santos Canek Chichan Moctezuma.

La noticia de la llegada del rey prometido se extendió rápidamente; miles de personas de los pueblos cercanos peregrinaron a Cisteil para verlo, besarle la mano, al tiempo de inclinar la cabeza a su rey. Muchos líderes indígenas convocados, nativos de Cisteil, mandaron cartas a otros caciques de Yucatán para extender la noticia sobre el arribo del Rey Mesías y comenzar la conjura contra los españoles.

Pero no todos eran creyentes en las palabras del supuesto mesías indígena. Luis Cauich, maestro del coro de Tixcacaltuyub, declaró que Canek era un fraude y eventualmente saldría del poblado para advertir a las autoridades españolas sobre lo que estaba pasando. Rápidamente se formó una estructura de poder en el primer reducto del movimiento. El rey Canek realizó rituales paganos nocturnos con sus "acólitos" que le recordaban al pueblo maya su pasado perdido.

La primera víctima de la insurrección mesiánica fue Diego Pacheco, un comerciante español que se hospedaba en el mesón de Cisteil. Al preguntarle Canek el motivo de su estancia en el pueblo, la respuesta de Pacheco fue que, como español, tenía el derecho de permanecer allí; y para mayor afrenta y "blasfemia" llamó "borracho" al Mesías Canek. Su respuesta le granjeó la muerte. Por órdenes del Mesías-caudillo sus seguidores lo ejecutaron con rapidez.

Este fue el motivo por el cual, el maestro del coro del pueblo huyó para avisar a las autoridades. Horas después, el comandante español de Sotuta, el capitán Tiburcio Cosgaya, partió hacia Cisteil al mando de 10 a 15 hombres de caballería y 100 de infantería, con el propósito de restablecer el orden.

Durante la noche, las fuerzas de Canek cayeron sobre la avanzada de Cosgaya; a quien dieron muerte al igual que a la mayor parte de su caballería, en una masacre sin igual que se recordaría años después. Sus cuerpos fueron desnudados y arrojados a pozos. Tan sólo cuatro hombres del destacamento sobrevivieron y regresaron a avisar sobre la seriedad de la revuelta al gobernador. Informaron que se trataba de una rebelión importante y no de un simple motín producto de la embriaguez.

Rápidamente ambos bandos movilizaron sus fuerzas. En pocos días, un destacamento de las tropas coloniales, al mando de Cristóbal Calderón de Helguera, quien se encontraba acantonado en Tihosuco, se dirigió a Cisteil. Calderón reunió información suficiente de las fuerzas rebeldes a través de espías. Le pusieron al tanto sobre las debilidades y las fortificaciones del enemigo y pudo así trazar una estrategia apropiada. Canek, por su lado, comenzó a animar a sus seguidores a que pelearan con valentía en el cercano combate, predicando que las balas de los españoles no los matarían; pues sólo podrían morir si movían sus labios. Morir sin producir algún sonido.

Otra manera que el "profeta" levantaba la moral de sus combatientes era haciéndoles creer que sabía elaborar un aceite sagrado a partir de calabaza cocida y miel que se administraría a los muertos para hacerlos volver a la vida. Para enardecer a sus seguidores le cortó públicamente el brazo derecho al capitán Cosgaya y mandó sacarles los ojos a los cadáveres de los españoles; los colocó en un cáliz y los exhibió para demostrar que el hombre blanco podía morir.

El 26 de noviembre de 1761, un ejército de 500 soldados españoles marchó sobre Cisteil. Rompió rápidamente las líneas que estaban defendidas con trincheras y la carnicería comenzó. Calderón y sus tropas asesinaron no sólo a los rebeldes, sino también a mujeres y niños que fueron masacrados o hechos prisioneros para ser enjuiciados. El pueblo fue quemado y sembrado de sal para evitar que pudiera poblarse de nuevo, mientras que en Mérida se prepararon juicios a los centenares de prisioneros capturados.

Canek y otros caudillos escaparon hacia la selva y se defendieron nuevamente en la hacienda Huntulchac; pero, finalmente cayeron prisioneros en la sabana de Siba. Jacinto fue ejecutado, para escarmiento de su raza, el 14 de diciembre en un cadalso construido en la plaza principal de la ciudad.

Sus huesos fueron rotos con un fierro candente y su carne arrancada con tenazas, posteriormente, los restos se quemaron y las cenizas se esparcieron por el aire. Al día siguiente, se ahorcó a ocho de los caudillos y sus cuerpos fueron despedazados; mientras que numerosos prisioneros fueron castigados con azotes: les amputaron una oreja y los condenaron al exilio.

La rebelión de Jacinto Canek marcó un hito en los movimientos indígenas de su natal Yucatán y se extiende a las fronteras de tiempo para llegar a nuestros días. La historia, casi mítica, del rey que fue prometido para salvar a los mayas del hombre blanco y expulsarlos hacia el mar no debe ser entendida sólo como una insurrección, pues implicó también una reactivación de las tradiciones y creencias de un pueblo esclavo. La rebelión de Jacinto Canek califica como una cruzada contra los abusos de un régimen que convirtió a hombres en propiedad; apoyada por una religión que, junto con la "redención" prometida hizo caer sobre los "infeles" el látigo y al trabajo forzado.

Canek levantó en armas a su pueblo en 1761 y

no sólo cimbró las estructuras de dominación españolas; también, sembró semillas de rebelión que germinaron en las guerras de castas que estallaron a comienzos del siglo XIX y cuyos fuegos de insurrección no serían sofocados hasta muy avanzado el Porfiriato.

